



**Martín Goycochea Menéndez**



## **La batalla de los muertos**

*Curupayty*

El indígena llegó al pie de las trincheras y quedó silencioso, apoyando el asta de la lanza en un cráneo vacío y resquebrajado, que asomaba entre la tierra roja y grasosa. Iba armado de todas sus armas, y la piel de tigre finamente curtida que sustentaba sobre sus hombros, ondeaba al viento como una extraña bandera. Sobre el tórax ancho y combado, donde los músculos mostraban recias ligazones, caían los tres collares de dientes de puma que distinguen a los caciques. Un hacha de piedra pendía de su cintura, y, en su cabeza, en el nudo que formaban los cabellos, volaba una pluma de avestruz teñido en púrpura.

El cacique soñaba frente a aquellos lugares, en los que la selva iba borrando el armonioso paisaje, ante el cual se realizaron las viejas hazañas. Soñaba en el ayer lejano, en horas pasadas, de epopeyas

homéricas. No era aún lo suficientemente anciano para pedir a *Tupá* un buen sueño bajo el césped del bosque, pero en tiempo lejano, oculto entre el ramaje de un cedro, contempló el formidable choque de los ejércitos. «*Curupayty*», murmuraba, y la visión del asalto le trastornaba la mente. Sus narices, dilatadas, parecían aspirar el vaho de la sangre nueva y brillante, escapando de los labios palpitantes de una herida.

La bravura del indígena se animaba al paso de los recuerdos. En su pecho de durezas de roca, oscuramente bronceado, había hondos furores que despertaban rugiendo. Lanzó un alarido breve, amenazante, y levantó su lanza hacia el gran cielo azul.

Nadie contestó a este reto. Sólo a lo largo de la costa, reflejando sus siluetas en el cristal del río, marchaban a grandes pasos, enarcando sus cuellos, los rosados flamencos.

Entonces, se tendió en tierra, y, con la cabeza oculta entre los brazos, rememoró la figura de su padre, hecho prisionero por [56] los *gorros blancos*, que cazaban indígenas en medio de la noche para convertirlos en carne de la batalla.

En el punto más avanzado de las trincheras, allí mismo donde él se había tendido, su padre estuvo encadenado a la cureña de un cañón, para que no escapara e hiciera vomitar al largo tubo de hierro los infernales escupitazos de la muerte.

Le veía tal cual lo contemplara otrora, insultando con carcajadas al enemigo, despreciando los golpes de lomo de sable que le aplicaban los soldados para que duplicara el fuego. El viejo cacique reía, reía

siempre, mientras la metralla le acariciaba los flancos con sus alas candentes.

Y así, perpetuamente sonriendo, con su cuerpo desnudo, salpicado de sangre, firme, recto como el asta de su lanza legendaria entre todas las tribus, el jefe indígena vio llegar a la muerte, que le destrozó la carne, pero que no pudo quitarle la carcajada de reto y de desprecio, estereotipada en sus labios lívidos y abiertos.

## II

Por entre el ramaje del bosque aparecieron cien cabezas. Era la tribu que buscaba al cacique. Éste se puso de pie e indicó el camino de los toldos. Al internarse en la selva, un vago murmullo, algo como un rozamiento de alas impalpables, pasó entre el follaje.

«¡*Curupí!*!», gritó un niño al escuchar el rumor. *Curupí* llegaba huyendo de la tormenta, para refugiarse en la caverna más honda de la selva. Y las muchachas repitieron las viejas canciones que les enseñaran las abuelas centenarias.

*Curupí* es el alma de la tribu, el alma de la tierra, la bondad misma del Espíritu Infinito. Lo abarca todo, lo domina todo con una sola caricia.

Es el fulgor de *Cuarajhy*, el sol benevolente que hincha los gérmenes de los campos; el esplendor argentino de *Yasy*, la luna que nieva sus palideces entre los claros del bosque; la flor que irradia su colorido y el perfume mismo de la flor. [57]

Es blancura en la fécula de las mandiocas, tornasol en las burbujas de las fuentes, polen en las alas de las mariposas.

Hace lucir alegremente las pupilas de las vírgenes cuando se entregan al esposo; enarca el vientre de las mujeres; hincha los pezones de las madres para que derramen la vida en los labios de los niños.

Es dulce, es amable. Es el beso benevolente de los vientos plácidos; el leve jirón de la bruma que huye; la caricia intangible de las estrellas lejanas.

«*¡Curupí!*», clamaba toda la tribu, marchando entre el bosque. Y de los toldos cercanos las voces de las ancianas clamaban: *¡Curupí!*

Y la selva, ante ese alegre clamoreo, se estremecía por entero, bajo el inmenso velo del crepúsculo caído sobre sus sienas floridas

### III

El huracán estaba próximo. Las nubes encendían en sus crestas deformes hogueras de relámpagos, y el trueno, desbocado en el espacio, rebotaba de ámbito en ámbito. Las mujeres de la tribu derramaban cáscaras de maní y colocaban piedras negras a los costados de los toldos para preservarlos de la tempestad.

Pequeños, atemorizados, apiñábanse junto a las madres. El cacique saludó desde la puerta de su rancho a los temibles genios de la tormenta; quemó en su honor corteza de incienso, y lanzó una flecha de plumaje rojo para saludar a *Aratirí*, el rayo desolador, que

rugía llevado por los vientos. Después, sentóse a la puerta de su rancho, encendió su pipa y esperó el huracán.

Pasó una hora y la tormenta en marcha no se desataba. De pronto, a la distancia, se oyó una nota larga, aguda, vibrante, que hería los oídos espoloneando el alma. La tribu, azorada, púsose de pie. El cacique tembló. Eso... era el clarín.

Una luz vaga, azulada, caía sobre la tierra. Por extraño milagro, la selva iba desapareciendo.

Se descubrió el río, corriendo entre las altas barrancas, levemente agitado. Frente a la misma toldería se irguió una muralla repleta de sombras. Alguien emitió una nota espantosa. La tribu, [58] aullando de terror, se echó por tierra. El cacique empuñó su lanza. Conocía aquella voz. Eso... era el cañón.

El bosque había vuelto a ser llanura. Cada uno de los árboles se transformaba en una sombra humana. Del lado del río llegaban globos de fuego que segaban los espectros de la trinchera. Cuando uno caía, se levantaban diez.

El cacique contemplaba en la llanura, hombres, caballos, carros y banderas. Y el cañón voceaba en todas partes, despedazando bastiones, haciendo harapos de los soldados y del hierro.

Una, dos, tres columnas contaba el guerrero. Reconocía las banderas, los jefes, las divisiones. Iban al asalto, como en los viejos tiempos. Aquel era el mismo entusiasmo, el mismo ensueño heroico.

Un alarido sin término resonó. Las columnas atacaban los baluartes y los fosos se llenaban de cadáveres. Los cuerpos sin vida

eran escalones de gloria por sobre los cuales trepaban los asaltantes. Los ejércitos braveaban su doliente entusiasmo y la muerte segaba a los ejércitos.

En lo más recio del combate, el cacique vio una sombra lejana, moviéndose al pie de un cañón. Creía reconocerla; era sin duda aquella misma silueta que él contemplara cuando niño, encadenada a la cureña de la pieza, escupiendo al enemigo su rabia y su venganza.

Y el cacique se lanzó también a la pelea, hendiendo con su hacha de piedra la trágica inmensidad de la batalla.

#### IV

Al venir la aurora, cuando *Curupí* huía entre nubes festoneadas de ópalo ardiente, la tribu desolada encontró el cadáver de su jefe, junto a un cráneo mohoso y despedazado, mientras que su lanza, clavada en tierra, parecía amenazar con su punta al sereno cielo azul.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**